

En el evangelio de hoy le oímos a Jesús decir, «Tengo que recibir un bautismo ¡y cómo me angustio mientras llega!» Le escuchamos decir, «¿Piensan acaso que he venido a traer la paz a la tierra? De ningún modo. No he venido a traer la paz, sino la división». Y también le oímos decir: «He venido a traer fuego a la tierra ¡y cuánto desearía que ya estuviera ardiendo!» Estas palabras nos recuerdan de la palabras de Juan Bautista, preparando el camino para la venida de Jesús: « Yo les bautizo con agua El los bautizará con el Espíritu Santo y fuego» (San Lucas 3:16). Decir que estas palabras no nos dan consuelo es una enorme subestimación. Además, le oímos hablar sobre el conflicto y la división que va a ocurrir.

De Aquí en adelante, de cinco que haya en una familia,
estarán divididos tres contra dos y dos contra tres.
Estará dividido el padre contra el hijo, el hijo contra el padre, etc.

Sin embargo, sabemos que el Evangelio según San Lucas, nuestro evangelio de hoy, no nos está diciendo que el último plan de Dios es traer conflicto, confusión, y división al mundo. En el segundo capítulo de este mismo evangelio, leemos el mensaje de los ángeles en el nacimiento de Jesús: «Gloria a Dios en lo más alto del cielo y en la tierra paz a los hombres» (San Lucas 2:14). En el mismo capítulo de este evangelio, sin embargo, leemos que «una espada atravesará . . . el alma de su madre y que Jesús mismo «será una señal de contradicción» (San Lucas 2:34-35). Las verdades duras además de los mensajes de esperanza y consuelo son una parte del evangelio.

Los eruditos nos dicen que, más inmediatamente, Jesús se refiere a la destrucción de la ciudad santa Jerusalén y el templo, el centro de la adoración judía, que ocurriría en un futuro no muy lejano. Sabemos que algunas de la propia gente de Jesús exigiría el castigo para él que se reservaba para los peores criminales. Sabemos que los soldados romanos públicamente lo humillarían y se burlarían de él y entonces le infligirían la peor forma de tortura que los romanos podían trazar—la crucifixión. Después de la resurrección y ascensión de Jesús, sabemos según los Hechos de los Apóstoles, las cartas de San Pablo, y los escritos de otros cristianos primitivos, que la división dentro de las familias y entre las familias ocurrió y que los seguidores de Jesús fueron torturados y asesinados. Sólo tenemos que dirigir nuestros pensamientos a nuestro propio tiempo para saber que, aunque en los Estados Unidos no somos tan severamente perseguidos y asesinados, algunos cristianos en el mundo son perseguidos y aun asesinados, y alrededor de nosotros vemos la división y el conflicto y la persecución. Algunos de nosotros lo experimentamos personalmente.

Pero no estamos solos. En el último capítulo de este mismo Evangelio según San Lucas, Jesús lo dijo, «Ahora yo voy a enviar sobre ustedes lo que mi Padre prometió.

Permanezcan, pues, en la ciudad hasta que sean revestidos de la fuerza que viene de arriba» (San Lucas 24:49). Y en el capítulo dos del segundo libro por San Lucas, los Hechos de los apóstoles, leemos la historia del Pentecostés, la venida del Espíritu Santo, quien fortalece a los seguidores de Jesús.

Nuestra segunda lectura de hoy también nos recuerda que nosotros no estamos solos. Escuchamos que «la multitud de antepasados nuestros [la palabra en el idioma griego es «los testigos», nos rodean nosotros]». El autor se refiere a los santos sin nombre que han pasado de este mundo. Ahora, como los admiradores en un estadio, ellos nos animan mientras corremos a la carrera que es nuestro viaje de la fe. Aquí en nuestra comunidad y dentro de nuestra parroquia en conjunto sabemos que nosotros también tenemos una multitud de testigos mientras trabajamos juntos para ayudar los unos a los otros. La Iglesia nos enseña que la comunidad de los fieles que han ido antes de nosotros, nuestros antepasados; la comunidad de los fieles aquí en Santa Cecilia; y la comunidad de los fieles en todo el mundo componen la Comunión de los Santos, todos nosotros trabajando juntos para traer la paz y la justicia en este mundo en preparación para la vida en el mundo que viene.

Nuestra segunda lectura también nos recuerda que nuestros hermanos y nuestras hermanas en Cristo, que han ido antes de nosotros, nos animan con el fin de ayudarnos a librar a nosotros mismos

del pecado que nos ata, para correr con perseverancia
la carrera que tenemos por delante,
fijando la mirada en Jesús,
autor y consumidor de nuestra fe.

No podemos correr bien cuando estamos cargados con el peso del chisme, de la pornografía, del enfado y rencor, el abuso del alcohol y drogas, e inmoralidad sexual. Por lo tanto, busquemos librarnos de tales cargas y «correr con perseverancia la carrera».

En breve, nuestras lecturas de hoy aclaran que la vida para nosotros cristianos no será una cama de rosas. Yo no sé de ninguna persona que tiene una vida totalmente fácil y tranquila. Sin embargo, nuestras lecturas nos dicen que nosotros no estamos solos, que no solo Dios sino también todos los hombres y las mujeres de fe que han ido antes de nosotros, nos rodean para darnos consuelo y ánimo. Por estos grandes dones, démosle gracias a nuestro Dios.